

Gráfico DE MARTÍNEZ DE LA TORRE

CRÓNICAS

de Tlapacoyan



ALFONSO
DIEZ GARCÍA
CRONISTA DE
TLAPACOYAN
alfonso@
codigodiez.mx



Antonieta y su padre, el arquitecto Antonio Rivas Mercado

A la sombra de Antonieta

El encuentro con Henestrosa que no se publicó

La semana pasada, la nota principal de la crónica trató acerca de la forma en que se debe llamar al titular del Poder Ejecutivo en turno cuando se trata de una mujer: ¿Presidenta, o Presidente? Y desarrollé el análisis para concluir que lo correcto es decirle presidente. Rendí también un homenaje a Antonieta Rivas Mercado a 85 años de que se suicidó en la catedral de "Notre Dame", en París, el once de febrero de 1931. Por coincidencia, yo nací el mismo día, pero años después. Los textos que publiqué debían haber sido tres: Uno sobre su vida y su muerte, otro escrito por la misma Antonieta sobre el "México de 1928" y un tercero al que titulé "A la sombra de Antonieta", en el que relato un encuentro con ese gran escritor que fue Andrés Henestrosa y nuestra plática, en la que tocamos el tema de esa gran mujer, Antonieta, que fue mecenas de intelectuales, activista, analista política, escritora y compañera sentimental de José Vasconcelos cuando se suicidó en París. Este tercer texto no se publicó, apareció el título del texto y el recuadro correspondiente pero con algo que había publicado meses antes. ¿Qué sucedió? No lo sé. Un error. Ofrezco una disculpa a mis lectores y a continuación se reproduce el texto olvidado la semana pasada.

Antonieta Rivas Mercado nació en la Ciudad de México el 28 de abril de 1900, así que murió cuando tenía apenas 31 años de edad... Pero había vivido tanto... Andrés Henestrosa vivió sus primeros días en México en la casa de quien fue su mecenas, Antonieta Rivas Mercado. Dice Kathryn Skidmore Blair en su libro sobre la vida de su suegra, "A la sombra del Ángel", que Andrés no sabía hablar español, hablaba solamente zapoteco cuando lo acogió Antonieta en su casa de Héroes 45 en la colonia Guerrero.

Henestrosa murió el 10 de enero de 2008 a los 101 años de edad y el 11 de febrero se cumplen 85 de la muerte de Antonieta. Durante varios años llegó a mi casa una publicación llamada El libro y el pueblo que dirigía precisamente Henestrosa y la asociación de ideas me llevaba a recordar a Antonieta, a la que comencé a admirar cuando conocí sus ensayos políticos. Poco antes de que Andrés falleciera me encontré con el admirado escritor en una librería "de viejo" de las calles de Donceles. No lo conocía en persona, pero en cuanto me vio me saludó: "Quiubo, ¿cómo estás?". Seguramente no tenía ni idea de quién podía ser yo,

pero con mi mirada fija en su persona al verlo llegar debo haberlo invitado a saludarme. Por esos días se cumplía un aniversario más de la muerte de Antonieta y se convirtió en tema obligado de la breve plática. El la recordaba con cariño y apoyó hasta el final a José Vasconcelos durante la campaña de 1929 por la presidencia de la República. Antonieta y Vasconcelos fueron compañeros de andanzas sentimentales y políticas hasta el mismo día de Notre Dame. Todo nos hacía recordar a Antonieta. Ella fue mecenas también del grupo conocido como Los Contemporáneos, del que formaban parte Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, Celestino Gorostiza, Salvador Novo y Manuel Rodríguez Lozano.

A propósito de Rodríguez Lozano, cuando comencé a publicarse en 1988 la revista Revelación, escribí en ésta acerca de la relación del pintor con Antonieta y señalé que se decía que era homosexual y que por esa razón nunca le hizo caso a Antonieta, que estaba perdidamente enamorada de él. El subdirector (no estoy seguro del cargo) de la Escuela de Periodismo Carlos Septién, de pelo rizado y canoso, lentes gruesos, iba a colaborar con la revista y siempre llegaba a las oficinas de la misma acompañado por una jovencita que parecía ser su novia. Había sido invitado por Leopoldo Ayala Guevara, que era jefe de redacción de Revelación. Un día llegaron a dejar su colaboración y en cuanto se dieron cuenta que se mencionaba a Rodríguez Lozano como homosexual se retiraron indignados. No los volvimos a ver. La explicación que nos dio Leopoldo fue que la jovencita era pariente del pintor y se había ofendido por la referencia. Su novio, desde luego, se solidarizó con ella.

Le conté la anécdota a Henestrosa y reaccionó con un ataque de carcajadas: "pero si eso todo el mundo lo sabe...", decía y lloraba de la risa y yo con él. Nos despedimos y tomamos rumbo en sentidos opuestos pero a los pocos minutos regresamos a la librería, a los dos se nos había olvidado preguntar por el libro que buscábamos.

He sabido de muchas anécdotas sobre Andrés Henestrosa, todas lo pintan como un hombre que gozaba la vida. Fue un verdadero ejemplo de superación, llegó a los quince años de edad a la Ciudad de México sin saber hablar español. Venía de Oaxaca, donde nació, en San Francisco Ixhuatán, el 30 de noviembre de 1906.

Llegó a los quince años de edad sin saber hablar español y se fue a los ciento uno... Todos sabemos cómo se fue.

La historia llamada "Prohibido llorar"

Tanto en mis programas de radio y televisión, en Martínez de la Torre, como en el de radio en Tlapacoyan, incluí el relato que leerán a continuación. Preparo una crónica muy completa que va a ser una sorpresa para ustedes, queridos lectores, porque trataré acerca de un personaje muy importante para la región, pero será para la próxima semana porque ésta, dado que de manera insólita acabo de leer el texto en mis dos programas (generalmente los textos son diferentes para cada uno), el sábado de 13 a 14 horas por el

Al caer el sol regresamos a nuestras casas.

Pasó el tiempo. Una mañana me encontré con Adolfo frente del colegio donde estudiaba Lolita, quien ya tenía catorce años. Adolfo se veía muy contento y la sonrisa no se apartaba de su rostro. Con gran orgullo me mostraba las calificaciones de Lolita, eran impresionantes, ninguna bajaba de diez y las notas de estímulo que le habían escrito sus profesores eran realmente conmovedoras. Felicité al dichoso papá. Lolita llenaba de alegría la casa, así como la

Ese mismo día por la tarde, llamaron a Adolfo, el asunto era grave, su hija estaba muriendo. Necesitaban un corazón porque el de ella no resistiría sino unos quince o veinte días más: ¡UN CORAZÓN!

- ¿Dónde hallar un corazón? ¡Un corazón! ¿Dónde, Dios mío? Ese mismo mes, Lolita cumpliría sus quince años.

Y fue el viernes por la tarde cuando consiguieron un donante, una esperanza iluminó los ojos de todos, las cosas iban a cambiar.

El domingo por la tarde ya Lolita estaba operada, todo salió como los médicos lo habían planeado. ¡Éxito total! Sin embargo, Adolfo todavía no había vuelto por el hospital y Lolita lo extrañaba muchísimo. Su mamá le decía que ya todo estaba muy bien y que su papito sería el que trabajaría para sostener la familia. Lolita permaneció en el hospital por quince días más, los médicos no habían querido dejarla ir hasta que su corazón estuviera firme y fuerte y así lo hicieron. Al llegar a casa, todos se sentaron en la sala y su mamá, con los ojos llenos de lágrimas, le entregó a Lolita una carta de su padre:

"Lolita, hijita de mi corazón. Al momento de leer mi carta, ya debes tener quince años y un corazón fuerte latiendo en tu pecho. Esa fue la promesa que me hicieron los médicos que te operaron. No puedes imaginarte ni remotamente cuánto lamento no estar a tu lado en este instante.

"Cuando supe que ibas a morir, decidí dar respuesta a una pregunta que me hiciste cuando tenías diez añitos y a la cual no respondí. Decidí hacerte el regalo más hermoso que nadie jamás haría por mi hija. Te regalo mi vida entera sin condición alguna, para que hagas con ella lo que quieras. ¡¡Vive hija!! ¡¡Te amo con todo mi corazón!!"

Lolita lloró todo el día y toda la noche. Al día siguiente fue al cementerio y se sentó sobre la tumba de su papá. Lloró como nadie lo ha hecho y susurrió: - "Papi... ahora puedo comprender cuanto me amabas. Yo también te amaba y aunque nunca te lo dije, ahora comprendo la importancia de decir 'Te Amo' y te pediría perdón por haber guardado silencio tantas veces".

En ese instante, las copas de los árboles se mecieron suavemente, cayeron algunas hojas y florecillas, y una suave brisa rozó las mejillas de Lolita; ella alzó la mirada al cielo, intentó secar las lágrimas de su rostro, se levantó y emprendió el regreso a su hogar.



Tomados de la mano para siempre.

104.5 de FM, en mi programa "La historia de la historia" y el mismo sábado, pero de ocho a nueve de la noche, por el 107.1 de FM, en el programa que conduzco y que se llama "la historia desconocida", no podía dejar pasar la oportunidad de entregarles por escrito este relato por el cual recibí tantas llamadas y mensajes que agradezco. En estos, me pedían que lo publicara en estas crónicas porque les pareció apasionante y querían tenerlo por escrito. Así que aquí está. Cumpló con el compromiso. No se pierda una sola línea de lo que les voy a contar. Es un relato enternecedor, tal vez el más triste que podría contarles. Adolfo, amigo mío, me platicaba:

"Cuando nació mi hijita, fui a buscar a mis dos mujeres, una lucía pálida y agotada y la otra radiante y dormilona.

"En pocos meses me dejé cautivar por la sonrisita de mi Lolita y por la infinita inocencia de su mirada fija y penetrante, fue entonces cuando empecé a amarla con locura. Su carita, su sonrisita y su mirada no se apartaban ni por un instante de mis pensamientos, todo se lo quería comprar, la miraba en cada niño o niña, hacía planes sobre planes, todo sería para mi Lolita".

Este relato era contado a menudo por Adolfo, el padre de Lolita. Yo sentía también gran afecto por la niña que era la razón más grande para vivir de Adolfo, según decía el mismo.

Una tarde, estaban la familia de Adolfo y la mía de día de campo a la orilla de un río, cerca de casa, y la niña entabló una conversación con su papá, todos escuchábamos:

- Papi... cuando cumpla quince años, ¿cuál será mi regalo?

- Pero mi amor, si apenas tienes diez añitos, ¿no te parece que falta mucho para esa fecha?

- Bueno papito,... tu siempre dices que el tiempo pasa volando, aunque yo nunca lo he visto por aquí.

La conversación se extendía y todos participamos de ella.

mente y el corazón de la familia, especialmente los de su papá. Fue un domingo muy temprano en que nos dirigíamos a misa cuando Lolita tropezó con algo, eso creíamos todos y dio un traspie. Su papá la agarró de inmediato para que no cayera. Ya instalados en la iglesia, vimos cómo Lolita fue cayendo lentamente sobre el banco y casi perdió el conocimiento. La tomamos en brazos, mientras su papá buscaba un taxi para llevarla con urgencia al hospital. Allí permaneció por diez días y fue entonces cuando le informaron que su hija padecía una grave enfermedad que afectaba seriamente su corazón, pero no era algo definitivo, le dijeron que debían practicarle otras pruebas para llegar a un diagnóstico firme.

Los días iban pasando, Adolfo renunció a su trabajo para dedicarse al cuidado de Lolita, su madre quería hacerlo pero decidieron que ella sería la que trabajara, porque sus ingresos eran superiores a los de él.

Una mañana, Adolfo se encontraba al lado de su hija, cuando ella le preguntó:

- Voy a morir, ¿no es cierto? ¿Te lo dijeron los doctores?

- No mi amor... no vas a morir; Dios, que es tan grande, no permitiría que pierda lo que más he amado sobre este mundo, le respondió su papá.

- ¿A dónde van los que mueren? ¿Van a algún lugar? ¿Pueden ver desde lo alto a su familia? ¿Sabes si pueden volver? le preguntó su hija.

- Bueno hija,... en verdad nadie ha regresado de allá a contar algo sobre eso, pero si yo muriera, no te dejaría sola, estando en el más allá buscaría la manera de comunicarme contigo, en última instancia utilizaría al viento para venir a verte.

- ¿Al viento? ¿Y cómo lo harías? - No tengo la menor idea hija, solo sé que si algún día muero, sentirás que estoy contigo, cuando un suave viento roce tu cara y una brisa fresca bese tus mejillas.



Personaje sorpresa para la crónica de la próxima semana.